

*El lobo no teme a la noche, porque
su alma fue forjada en la sombra y
su destino fue escrito bajo la luna.*

Capítulo 1

Laguna Azul era una bestia nocturna, un lugar que nunca dormía, que ardía con el fulgor de las luces de neón y el bullicio de la gente buscando olvidar su vida mundana y el paso del tiempo. No tenía rascacielos que tocaran las nubes ni el artificio pretencioso de las grandes ciudades, pero palpitaba con la energía de una mini Las Vegas rústica, moderna en lo necesario y lo bastante decadente como para que la gente se sintiera libre de dejarse llevar. En sus calles vibraban los destellos intermitentes de los casinos, los pubs y las salas de juego donde la fortuna se evaporaba en un parpadeo y las risas se entremezclaban con el estruendo de las tragaperras, el tintineo de los cócteles servidos en barras iluminadas y el murmullo de conversaciones entrecortadas por promesas tan efímeras como la noche misma.

En el corazón de la ciudad, el lago era un espejo de oscuridad líquida, reflejando el resplandor de las luces haciendo que la ciudad entera flotara sobre su superficie. Yates de lujo se mecían suavemente sobre las aguas tranquilas, acogiendo a los peces gordos que bebían y reían rodeados de mujeres hermosas, ajenos o tal vez demasiado informados de todo lo que se movía bajo la piel de la noche.

Yael caminó por una de las calles principales con las manos hundidas en los bolsillos, con su paso tranquilo y despreocupado, pero su mente aún presa del torbellino de lo vivido la noche anterior, cuando Asher salvó a Kim de las manos del árabe y de la Congregación que los Lowell habían tenido que borrar de la faz de la tierra.

Como ciudad, Laguna Azul no tenía idea del peligro que había pendido sobre ella ni de la sombra que había acechado desde la llegada de Mateo, ni de los fanáticos que habían mutilado y asesinado en nombre de un dios perverso a gente inocente. Yael tampoco tenía idea de cuántas vidas se habían salvado con la caída de ese energúmeno y sus seguidores, pero lo cierto era que no volverían a arrastrar a más inocentes con su veneno. Sus hermanos y él habían hecho lo que debían hacer, y aunque nunca hablaban de ello con euforia, porque matar nunca era algo que los Lowell celebraban, había satisfacción en saber que esa escoria ya no existía.

Se pasó la lengua por los dientes en un gesto pensativo, antes de sonreír con un orgullo silencioso y entrar en una discoteca que se llamaba Díscolo. Yael no podía dejar de sentir orgullo por su hermano mediano.

10 Asher lo había conseguido. Había salido del infierno en el que estuvo atrapado durante años, había enterrado a los fantasmas que lo perseguían y había dejado de ser el imbécil que se torturaba por culpa de Alba, esa mujer manipuladora que le enseñó el lado más cruel del deseo y de la culpa, y que lo dejó tullido y sin voz durante demasiado tiempo.

En cambio, Kim había llegado y le había puesto la vida patas arriba con su desparpajo, con su resistencia, con la manera en que había conseguido metérselo bajo la piel y al mismo tiempo patearle el culo cuando hacía falta. Yael no podía evitar sentir que su hermano se había llevado el premio mayor, porque Kim gustaba a todo el mundo. No solo porque era una mujer preciosa, sino porque tenía ese tipo de carácter con el que te querías tomar una copa un viernes y pelear codo a codo en una batalla el sábado. Kim tenía la marca de Asher en la piel ahora, era suya de una manera que nadie podría negar y además, le había devuelto la voz. Y aunque su relación aún

tenía un largo camino por recorrer, porque Asher siempre había sido más testarudo de lo que debería, Yael sabía que al final se entenderían. Después de todo, los lupercos nunca soltaban a sus hembras.

Su sonrisa se volvió más ladeada al pensar en eso.

Hunter tenía a Kayla. Asher tenía a Kim.

Ambos habían encontrado a sus lobas y, por lo que había visto en ellos, ya no había vuelta atrás para ninguno. Eso sería un nudo eterno.

Él, en cambio, no tendría esa suerte.

Dentro de la discoteca, las luces de neón vibraban con destellos violetas y azulados, reflejándose en los cuerpos que se movían en la pista como si la música les diera vida. La voz inconfundible de Cher flotaba entre el ambiente, rasgada y sensual, como si recitara un destino al que nadie podía escapar.

“Somebody, somewhere, turns off the lights...”

Desde la barra, Yael alzó su vaso de whisky, girándolo despacio entre los dedos, observando el brillo ambarino del licor mientras el hielo se deshacía lentamente. A su alrededor, el aire fluctuaba cargado de perfume, alcohol y sudor, con la expectativa latente de la caza nocturna.

Todos esos hombres y mujeres contoneándose con precisión estudiada, con sus labios curvados en sonrisas llenas de intenciones y sus cuerpos buscando llamar la atención de aquellos que estaban dispuestos a jugar su juego. Yael reconocía ese lenguaje no verbal sin esfuerzo, porque él también era un cazador, aunque lo suyo no tenía nada que ver con el cortejo humano.

Sus ojos recorrieron la pista sin verdadero interés, aunque él sí había despertado el interés de las demás. Sabía que lo estaban mirando. Siempre lo miraban. La gente no lo identificaba como lo que era, pero su cuerpo lo delataba. Su altura, la manera en que se movía,

la intensidad de su presencia, sus ojos... las mujeres notaban esa esencia luperca invisible antes de verlo y, cuando lo veían, sus cuerpos reaccionaban antes de que pudieran evitarlo. Algunas se mordían el labio, otras bajaban la mirada solo para volver a subirla con descaro. Lo invitaban a bailar... pero en la cama.

Podía elegir a cualquiera de ellas sin esfuerzo, pero no lo hacía por deseo. Lo hacía por necesidad.

Porque, aunque nadie lo sabía y tampoco hablaba de ello, él no estaba bien.

La Fábrica le había hecho cosas que ni él mismo entendía del todo, y eso que era experto en genética y biología. Algo en él se había alterado de manera irreversible, algo que ardía en su interior como una enfermedad crónica. Cada luna llena, cuando el frenesí lupercos alcanzaba su punto más alto, perdía el control de una manera que no podía permitirse. No era el mismo anhelo que sus hermanos sentían por sus parejas, no era el lazo de un lupercos que ansiaba marcar a su loba. Era algo más primitivo, más visceral, más jodidamente oscuro.

12

Y a lo largo de los años, aunque lo había intentado, no había encontrado forma de calmarlo.

Por eso estaba ahí, envuelto en feromonas de todo tipo.

Porque en noches como esta, cuando su cuerpo rugía por algo que no podía tener y se acercaba la luna llena, necesitaba liberar la presión de algún modo. Y estaba de caza, y buscaba a alguien experto que pudiera colmar sus necesidades y que no se asustase con su ímpetu.

Llevó el vaso a sus labios y bebió un sorbo largo, disfrutando del ardor en su garganta.

“We all sleep alone...”

La voz de Cher se deslizó entre el ritmo de la música y Yael

bajó la copa con lentitud, dejando que el vidrio se apoyara sobre la barra.

Sí. Él lo sabía mejor que nadie.

Por suerte, no buscaba dormir con nadie, solo quería empezar a darle de comer al lobo para que fuera más fácil mantener el control en luna llena.

Un hielo del vaso había entrado en su boca, y crujió al mastcarlo, pero él apenas lo notó. Su atención se había fijado en una silueta que se movía entre las luces parpadeantes del escenario central. No fue un gesto consciente, no fue una decisión meditada. Fue instintivo, un anzuelo invisible que lo obligó a levantar la cabeza, a enfocar su mirada en aquella mujer que parecía desafiar la noche con cada movimiento de sus caderas.

Cabello negro, largo y ondulado, que caía en una cascada oscura hasta la mitad de su espalda. Lo llevaba suelto, pero con una gracia natural que lo hacía parecer parte de su esencia, no un peinado ensayado.

13

Sus ojos de color miel eran enormes, dorados y brillantes incluso a través de la penumbra. Tenía la piel ligeramente bronceada, luminosa, sin retoques innecesarios, con un resplandor de verano perenne atrapado en cada gesto.

El vestido rojo que llevaba era tan sencillo como letal y se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. El escote era asimétrico, con una sola manga que dejaba al descubierto un hombro perfecto. El tejido era lo bastante ligero como para insinuar la curva de su cintura y el movimiento firme de sus piernas al bailar. En los pies, botas negras con tacón, finísimos que parecían a punto de quebrarse, pero que ella manejaba con una soltura que hablaba de su seguridad.

No era la más espectacular de la pista. Había otras con vestidos más cortos, más ajustados, con escotes que desafiaban la gravedad y

cuerpos mucho más expuestos y burdos. Pero ninguna tenía ese aire natural de mujer que sabe lo que provoca y que, al mismo tiempo, no necesita presumirlo.

Yael entrecerró los ojos y exhaló lentamente. El calor en su vientre, que llevaba ardiendo desde su llegada a Laguna Azul, se avivó hasta volverse incómodo.

Su instinto reconoció la sensación al instante. Era la misma que experimentaba cuando un depredador detecta una presa que no es consciente de que ha sido elegida. Pero lo que ardía en su pecho, lo que latía en su piel con cada compás de la música, no tenía nada que ver con caza.

Era deseo. Puro, directo y jodidamente crudo.

La mujer movía las caderas al ritmo de la música, riendo con sus amigas, sin dejar de girar lentamente mientras el bajo de la canción hacía vibrar el suelo. Y, en un momento dado, su mirada chocó con la de Yael.

14

Fue un instante. Pum. Un latido.

Y el mundo se encogió en ese cruce. Ella no apartó los ojos al primer contacto, ni siquiera al segundo. Lo sostuvo, firme y coqueta. Sus labios se curvaron en una sonrisa ladina y traviesa, antes de volver a girar con ligereza para que su melena se agitase mientras seguía bailando.

Yael sintió que algo le hormigueaba en el pecho.

Maldita fuera. Era seductora, sexi y encantadora. Todo al mismo tiempo.

Su lengua recorrió su labio inferior con pereza, mientras su mirada seguía atada a la forma en la que la tela del vestido se deslizaba sobre sus caderas. El aire seguía oliendo a alcohol, a sudor y a cuerpos en tensión, pero entre todo aquello, su esencia había dejado su huella.

No sabía su nombre. No sabía quién era. Pero su cuerpo ya

había tomado una decisión.

Cuando volvió a mirar hacia la pista, la joven estaba avanzando hacia la barra.

La veía venir desde el otro extremo del salón, sorteando grupos de desconocidos, ignorando piropos y miradas que la desnudaban mientras caminaba con seguridad hacia donde estaba él.

Se acercó con paso ágil, como si no estuviera ahí por él, con sus tacones golpeando el suelo con un ritmo que parecía sincronizado con la música. Había un leve rubor en sus mejillas, no por vergüenza, sino por el calor del baile y el efecto del alcohol.

Yael apoyó el codo en la barra y dejó el vaso sobre la superficie de cristal sin apartar los ojos de ella. Al llegar a su lado, ella se inclinó ligeramente hacia él y sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos y unos labios que Yael no dejó de mirar.

—He apostado con mis amigas a que eres gay y no te interesan las mujeres.

15

La frase lo pilló desprevenido, pero su sonrisa apareció sin esfuerzo. Ladeó la cabeza y arqueó una ceja.

—Eso es como apostar a que los hombres lobo existen —Dejó que su voz descendiera a ese tono ronco y despreocupado que sabía usar cuando quería jugar con alguien—. Perderías seguro.

Ella rio con una risa limpia y espontánea, sin fingir sorpresa ni indignación. Olía a ron con toques de vainilla y miel, una fragancia que se mezclaba con su perfume afrutado y que parecía deslizarse por la piel como una caricia.

—Podrías ser bisexual, también.

—Podría, pero no.

—¿Seguro?

—Yo creo que sí.

Ella soltó una carcajada, divertida y descarada. Sus ojos miel

brillaban con la picardía de quien no teme jugar, pero sabe que está cruzando una línea peligrosa.

—Estás bastante seguro de ti mismo.

—¿Y eso es un problema?

—No lo sé. Depende de si vas de farol o no. ¿Sabes bailar?

Yael apoyó la cadera en la barra y deslizó los ojos por su cuerpo, con descaro, sin disimulos, dejando que ella sintiera cómo la desnudaba mentalmente. Lo hizo con calma, saboreando el efecto que provocaba, observando la forma en que ella se mordió el labio inferior casi sin darse cuenta, y cómo su respiración se alteró apenas un segundo antes de recuperarse.

—Eso suena a reto, pajarito.

—Tal vez lo sea.

—Entonces vamos a comprobarlo.

16 Se separó de la barra y extendió una mano. Ella vaciló un segundo, pero después deslizó la suya en la de él. Su piel estaba caliente, su pulso acelerado, y Yael lo sintió al instante.

—Bailemos.

Ella soltó una risa nerviosa, casi incrédula, y dejó que él la guiara hasta la pista, donde el ritmo seguía latiendo como un corazón desbocado.

El humo artificial flotaba sobre el suelo y las luces destellaban en tonos rojizos y dorados.

Yael la colocó delante de él, acercó su cuerpo al suyo por la espalda. Muy cerca. Demasiado cerca.

La mujer apoyó las manos en sus muslos, siguiendo el movimiento de su cuerpo mientras él se sincronizaba con la música. Al principio, ella se mantuvo expectante, pero en cuanto sintió su pelvis contra su espalda, su respiración cambió.

Porque lo notó.

La dureza que lo empujaba contra ella no dejaba lugar a malentendidos.

Él acercó la boca a su oído, con la voz tan grave que fue más vibración que sonido.

—Tienes razón. —Su aliento acarició su cuello, mientras su lengua se deslizaba lentamente por su piel caliente—. No me interesan las mujeres. No todas.

Ella jadeó y su cuerpo se tensó como una cuerda a punto de romperse.

Yael sonrió, justo antes de susurrarle:

—Me interesas tú.

La vio estremecerse bajo su toque y sintió la rigidez de sus músculos cuando su cuerpo respondió al contacto. La necesitaba, maldita fuera. La fiebre lo estaba devorando y ella acababa de convertirse en su cura.

—¿Hay algún lugar al que quieras ir? —murmuró contra su cuello, antes de morderle el lóbulo de la oreja con suavidad.

—¿S-sola? —preguntó provocando en él una nueva risita.

—Conmigo.

Ella no dijo nada más. Solo se giró, lo miró fijamente con plena aceptación, lo tomó de la muñeca y lo arrastró fuera de la pista.

Y Yael la siguió, sonriendo y preparado para perderse durante unas horas.

Para perderse el uno en el otro y en el placer que sabía que iban a compartir. Porque esa chica era un bocado delicioso.

Dos meses después

Otsagabia despertaba con el murmullo del río que serpenteaba entre sus casas de piedra blanca y madera y con la brisa de las montañas impregnando el aire de humedad y tierra verde y fértil. Desde lo alto, el pueblo parecía un cuadro de tonos otoñales, como un nido de tejados rojizos y muros blancos encajado entre la espesura de los bosques, rodeado de colinas que parecían velar por su tranquilidad con el mismo celo con el que los lobos protegen su territorio.

18 Aquí, la modernidad se había filtrado con prudencia; había electricidad, por supuesto y toda la conexión con el mundo exterior que se necesitase, pero el alma de Otsagabia seguía intacta, conservando su esencia de refugio, de última oportunidad para los que no tenían a dónde ir.

No era un pueblo común. Cada uno de sus habitantes había sido rescatado por los Lowell en algún punto de sus vidas. Eran personas que alguna vez fueron perseguidas, víctimas de un mundo cruel, almas perdidas que encontraron un nuevo hogar entre estos valles, bajo la sombra protectora de tres hombres a los que respetaban con una devoción silenciosa.

Los Lowell eran sus guardianes, su fortaleza. No había nadie en Otsagabia que desconociera lo que realmente eran, y a pesar de eso, ni una sola persona rompería el silencio, porque les debían la vida y su felicidad actual.

En el centro del pueblo, junto a un puente de piedra que cruzaba el río, La Caseta se alzaba como el corazón cálido de Otsagabia.

Era una construcción de madera robusta y paredes blancas, con una chimenea que nunca dejaba de humear en invierno y un aroma a pan recién horneado que se filtraba por las ventanas abiertas. Era el restaurante de Joana y Jonan, los franceses que habían acogido a los Lowell cuando escaparon de la Fábrica, los mismos que ahora alimentaban a casi todos los habitantes del pueblo, como si su hogar no fuera un negocio, sino una prolongación de su amor por aquellos a los que llamaban familia.

Desde su mesa junto a la ventana, Yael hundió los dientes en el cruasán, dejando que la mantequilla se deshiciera en su lengua, mientras tomaba un sorbo de su café. La brisa de la mañana entraba por la ventana entreabierta, moviendo las cortinas con lentitud, trayendo consigo el murmullo del despertar del pueblo y el sonido del agua corriendo bajo el puente.

Y en la lejanía, el sonido de la risa tintineante de Kim riendo en el jardín.

No tuvo que girarse para verla. Ya sabía lo que estaba pasando, porque los olía. Kim y Asher estaban juntos afuera, besándose sin preocuparse en si alguien los miraba o no.

Yael se obligó a fijar la vista en su café, pero sus ojos volvieron a buscar la escena a través del cristal. Asher tenía las manos en la cintura de Kim, sujetándola como si temiera que el viento fuera a llevársela. Kim tenía la cabeza echada hacia atrás, sonriendo contra los labios de su lobo, con esa expresión de alguien que ha encontrado su hogar en otro cuerpo.

Él exhaló, moviendo la lengua contra el interior de su mejilla, con satisfacción.

Eran felices y él estaba feliz por ellos.

Hundió de nuevo los dientes en el cruasán, disfrutando del dulzor de la masa mezclado con la untuosidad de la mantequilla. La

textura crujiente se deshizo en su boca mientras su mirada seguía atrapada en la escena que transcurría en el jardín del restaurante.

Kim y Asher se sentían perfectamente complementados, y Asher, en particular, se veía completamente perdido en ella. Aunque le había costado mucho reconocerla, fue fácil para su hermano ceder y rendirse a la evidencia una vez el lobo la amarró.

Por eso no le costó nada darle las riendas de su corazón, de su espíritu, de su maldita vida entera a cambio de que ella le permitiera estar a su lado, de que lo dejara protegerla y adorarla porque ya no había orgullo ni resistencia. Solo el instinto lupercio, ese impulso inquebrantable de reconocer a su hembra y no permitir que se le escapara.

No importaban los traumas, el pasado o las cicatrices que le dejó la Fábrica. Asher había encontrado a su loba, y eso había sido el final de toda su lucha interna.

20 Yael se pasó la lengua por los dientes, observando la forma en que Asher tenía a Kim atrapada contra su cuerpo. Se veía diferente ahora, como si al fin hubiera encontrado su centro después de tantos años perdido en su propia oscuridad.

La risa de Kim volvió a estallar en el aire matutino, clara y despreocupadamente, y Asher bajó la cabeza para besarla de nuevo, como si no pudiera resistirse. Porque no podía.

Esa era la naturaleza del lobo. Una vez que encontraban a su hembra, una vez que la marcaban, el anhelo interior no se podía silenciar.

Se unían para siempre, y juntos, lo compartían todo.

Kim y Asher no solo tenían su vínculo; también estaban envueltos en la expansión de los locales de pole dance “Kitsune”, el club que Kim había creado y que ahora florecía como un negocio legítimo y próspero. Ya habían remodelado un local en Otsagabia y otro en

Laguna Azul, llevando el proyecto de Kim a un nivel que ella jamás habría imaginado cuando comenzó. Asher la apoyaba en todo, sin reservas, sin poner límites. Porque eso era lo que hacía un luperco con su hembra: le entregaba el mundo si ella lo quería.

Yael bajó la mirada a su negro café y sonrió con la cabeza ladeada, sintiendo un calor en el pecho que no solía acompañarlo.

Asher y Kim lo habían logrado. Y Hunter y Kayla tampoco se quedaban atrás.

Hunter tenía a Kayla y juntos mantenían el pueblo entero en perfecto equilibrio, sin dificultades, como si hubieran nacido para liderar. Kayla irradiaba esa facilidad natural para moverse entre la gente, para escuchar y entender lo que cada persona necesitaba sin que tuvieran que decírselo. Y Hunter tenía la fuerza, la estrategia y la determinación más inquebrantable para cuidar de ella y de todos. Eran el Alfa y su luna.

Y aun así, a pesar de poder vivir todos en aquella calma y aquella paz que se habían ganado, ambos seguían metiendo las narices en cualquier caso en el que pudieran ayudar. No podían evitarlo. No importaba si se trataba de un problema pequeño o de algo grande. Si alguien fuera de Otsagabia necesitaba justicia, ellos la conseguían, casi siempre de manera anónima. Pero Kayla seguía siendo una excelente investigadora privada y Hunter un vengador y su paladín, y siempre conseguían enredar a todos para que fueran a ayudarles.

Exhaló, sacudiendo la cabeza con un leve gesto de diversión. Joder, eran lo más parecido a superhéroes que existía.

Pero él no se sentía ningún héroe.

Él no era un héroe.

Era un peligro.

Era una aberración.

El nudo en su pecho se apretó y su mandíbula se tensó imper-

ceptiblemente mientras giraba el vaso de café entre los dedos, porque a él le gustaba en vaso.

Él no tenía una hembra. No tenía un propósito elevado ni un futuro trazado junto a alguien. Solo tenía una lucha constante consigo mismo.

No importaba cuántas veces intentara ignorarlo. Seguía sintiendo el rechazo interior hacia sí mismo y lo que la Fábrica había hecho con él.

Porque los Aro habían intentado romperlos de algún modo, con sus tejemanajes genéticos, y a su modo, lo habían conseguido. Pero... no del todo, ¿no? Al menos, aún seguía respirando.

Algo estaba mal en su interior, o peor, algo había mutado, algo que no debería existir y que latía en su sangre como una bomba de relojería.

Una bomba que permanecía silenciosamente activada.

22 Por eso, mientras su hermano Hunter se encargó de amasar una fortuna con sus inversiones y Asher se convirtió en un gran hacker, él se decantó por la biología genética, para poder estudiar el propio genoma luperco, porque tenía que entenderlo.

Tenía que descubrir qué demonios le hicieron, cómo podía comprenderlo y deshacerlo, cómo podía evitar lo que sentía crecer en su interior cada vez que la luna llena se acercaba.

Era una lucha solitaria y asumía que no había nadie que pudiera salvarlo de sí mismo.

Su mente divagaba en el único tema que nunca le daba descanso: Lo que la Fábrica había hecho con él.

Desde que tuvo uso de razón, sintió la necesidad de ayudar a los suyos, de aliviar la carga de la biología luperca para que no fueran esclavos de su propia naturaleza. Diseñó desodorantes y bombas portátiles para reducir los estrógenos en las hembras durante la fiebre,

trabajó en fórmulas que les permitieran mantener el control hormonal sin afectar a quienes no comprendían su mundo. Pero nadie había hecho nada por ayudarlo a él.

Porque él era el experimento fallido.

En la Fábrica no pudieron quebrarlo con castigos físicos ni con tortura psicológica, así que decidieron hacer algo peor. Lo transformaron.

No en un guerrero más fuerte ni en un luperco más rápido. Lo convirtieron en una bestia sexualmente incontrolable.

Siempre fue un impertinente para los Aro, un problema, alguien que se resistió hasta el final a perder su voluntad. Y ellos encontraron la manera de hacer que su propio cuerpo lo traicionara. Trabajaron en sus gónadas, en su cerebro, en sus hormonas, hasta convertirlo en lo que ellos querían, y modificaron su esencia a nivel molecular.

Primero alteraron su producción hormonal con una precisión quirúrgica. Forzaron la sobreexpresión de la enzima aromatasa, aumentando la conversión de andrógenos en estrógenos, potenciando su respuesta a las feromonas. No solo reaccionaba a ellas como cualquier luperco; su cuerpo se encendía con una intensidad anormal, volviéndolo hipersensible a cada señal química.

También manipularon sus receptores de andrógenos, amplificando su respuesta a la testosterona y la dihidrotestosterona. De ese modo, para otros, la excitación podía controlarse pero para él, cualquier estímulo sexual, por mínimo que fuera, lo convertía en un depredador sin freno.

Y eso no les bastó.

Jugaron con su sistema dopaminérgico y serotoninérgico, modificando su producción de neurotransmisores para que su cerebro recompensara el deseo con un placer adictivo. Le arrebataron la ca-

pacidad de controlarse, hicieron que su lobo necesitara la liberación con una compulsión que ningún otro luperco experimentaba.

Y para asegurarse de que nunca bajara la guardia, alteraron su eje hipotalámico-hipofisario con microimplantes hormonales. Su producción de esperma y hormonas sexuales nunca descendía, incluso cuando los demás entraban en períodos de reposo, y por eso su deseo no tenía pausas. No había tregua para él.

No importaba cuánto intentara racionalizarlo, cuánto esfuerzo pusiera en controlarse. Cada vez que la fiebre luperca llegaba, su cuerpo tomaba el mando y lo arrastraba al límite de la locura, a una necesidad cruda y despiadada, que lo volvía un extraño en su propia piel.

Y lo peor de todo era que no podía hacer nada para detenerlo.

Pero sí se había esforzado en ocultarlo a sus hermanos, porque si ellos no podían ayudarle, ¿para qué trastornarlos?

24 De algún modo, los Lowell creyeron que no hablar de sus dolores y sus traumas liberaba de un dolor innecesario a los demás, sin embargo, Yael estaba descubriendo, gracias al ejemplo de Hunter y Asher, que el haber ocultado sus sombras, les había hecho menos libres y más esclavos de sus miedos y de su dolor.

Pero la verdad era que no confiaba en nadie para arreglar lo que la Fábrica había hecho con él. No había antídoto para algo que fue creado en su propia sangre. Así que hizo lo único que podía hacer: diseñar algo que, al menos, le diera la ilusión de control. Y así fue como ideó una microbomba reguladora.

Era un dispositivo discreto, tamaño de una moneda, que se colocaba en el perineo y que él mismo había calibrado para liberar una dosis precisa de compuestos reguladores cuando su sistema detectaba niveles hormonales demasiado altos.

El dispositivo estaba programado para detectar los picos de tes-

tosterona, DHT y gonadotropinas en su torrente sanguíneo a través de un sensor bioquímico. Cuando los niveles alcanzaban el umbral peligroso —ese punto en el que su cuerpo dejaba de ser suyo y pasaba a ser solo instinto—, la bomba se activaba y liberaba una combinación de inhibidores y reguladores.

En su interior tenía: Análogos de progestágenos, inhibidores de la aromatasas, antagonistas de la dopamina y neuromoduladores selectivos.

La microbomba no eliminaba su deseo, no podía. Pero lo volvía más llevadero, al menos, lo suficiente para que no perdiera el control, para que pudiera estar entre la gente sin convertirse en un animal sin cordura.

Esa era su única opción.

Pero no era una solución, porque cada vez que la fiebre luperca llegaba, cada vez que la bomba se activaba y drenaba parte de su necesidad, él seguía sintiendo su propio vacío.

De algún modo, estaba convencido de que lo que habían hecho con él no tenía cura.

Nunca la tendría.